

January 2017

Rescatar el sujeto moral para constituirlo como ciudadano por medio del discurso ético

José Alberto Silva Rivera
Universidad de La Salle, jsilva@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Silva Rivera, J. A. (2017). Rescatar el sujeto moral para constituirlo como ciudadano por medio del discurso ético. *Revista de la Universidad de La Salle*, (73), 71-79.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Rescatar el sujeto moral para constituirlo como ciudadano

por medio del discurso ético



José Alberto Silva Rivera*

■ Resumen

En este artículo se reflexiona acerca de la negación de la condición de sujeto moral de los adolescentes y jóvenes por la intelectualización de la escuela y la relación de este hecho con el propósito y la necesidad coyuntural de la formación en ciudadanía. Para esto se propone pensar la ética como una cátedra que capacita en la argumentación y en el discernimiento de lo bueno y lo malo para la polis.

Palabras clave: ética, moral, sujeto moral, ciudadanía, escuela.

Introducción

Este artículo tiene su origen en el recién pasado congreso sobre educación y paz, organizado por el Doctorado en Educación y Sociedad de la Universidad

* Licenciado en Educación con énfasis en Ciencias Religiosas; especialista en Filosofía de la Educación y Magíster en Docencia de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Profesor catedrático de la Universidad de La Salle por más de 25 años; coordinador del Área de Formación Lasallista entre 1998 y 2003; adscrito al Departamento de Formación Lasallista para atender las asignaturas de Identidad Lasallista y Ética Profesional y profesor de educación secundaria en el colegio Divino Maestro, localidad 1 de Bogotá. Autor de diversos artículos en la *Revista de la Universidad de La Salle*. Correo electrónico: jsilva@unisalle.edu.co

de La Salle. En este no solo intenté frustradamente socializar el artículo “La ética y la formación de competencias ciudadanas” en la mesa I: “Educación para la transformación social y cultural: caminos hacia la paz”, sino que, además, y con sobrado logro y satisfacción, interactué con un conjunto de personas que me llevaron a tomar sus cuestionamientos y sus interrogantes para proseguir esa reflexión sobre la ciudadanía y asumir las sospechas y los nuevos giros en ella. Este artículo es el producto.

Este texto se organiza en tres segmentos: rescatar el sujeto moral, constituirlo como ciudadano y hacerlo mediante el discurso ético. Sin embargo, la dinámica escritural con la que se ordena es la autoentrevista, con interrogantes que fueron surgiendo de la paciente escucha de muchos trabajos en perspectiva de caminos hacia la paz. Hay trece asuntos o temas de discusión de la formación de competencias ciudadanas en el contexto de la cultura colombiana que se intentan iluminar teóricamente para que podamos hacer de nuestro quehacer docente un proceso más ajustado a los cambiantes tiempos que vivimos.

La formación de agentes de paz, entendida como aquel estado personal y social fruto de la elección y sinergia de un definido grupos de valores, puede traducirse en una apuesta por sacar del ser de cada estudiante un sujeto moral capaz de apostarle a lo más humano de sí mismo, para construir con otros la civilización y alejarse cada vez más del imperio de la animalidad. Sin embargo, es menester aclarar que eso sería en lo correspondiente a la escuela, pues de hecho debe hacerse una diferencia tajante —que de forma regular pasa desapercibida— entre educar y formar. De modo muy sintético diremos que educar es tarea de la escuela y formar tarea de la sociedad y la cultura. Por tanto, esta es una reflexión explícita para maestros y, entre sombras, para todos aquellos que se sientan cultura, es decir, para todos.

Rescatar el sujeto moral

La escuela es solo una de las instancias de formación de eso que Nietzsche llamaba el *lenguaje del bien y del mal*, en el que se recogen —según él— las creencias comunes, la naturaleza de lo sagrado y lo profano, en últimas, la

tradición. La escuela debería estar al lado de la familia en la tarea de improntar, normatizar, conducir, corregir, o como se le quiera llamar a ese acto de indicar lo bueno, lo malo, correcto, incorrecto, conveniente, inconveniente de las conductas de las nuevas generaciones para conservarnos, a largo plazo, como sociedad y como especie. Sin embargo, como lo plantea Lipovetsky (1994):

En la actualidad, la educación de tipo liberal-psicológico y los valores de la libertad individual actúan en la reducción y aún en la destrucción del sentido de los deberes filiales: ya no se educa a los niños para que honren a sus padres sino para que sean felices, para que se conviertan en individuos autónomos, dueños de su vida y de sus afectos. [...] En una sociedad basada en la expresión y en la afirmación de la personalidad individual, el culto inmemorial a los padres pierde irremediablemente su fuerza, cada uno se reconoce libre y vive en primer lugar para sí mismo. (p. 164)

Es un exacerbado individualismo que lleva a la negación del referente *koiniónico* de la vida y dejar una flaca columna en lo *idionico* de la ética. Claro está, con una familia como esa todos suponen que la escuela debe suplantarla, y llegamos a extremos donde los padres, concibiendo la escuela como una guardería, expresan: “profe, mire a ver qué puede hacer usted con este muchacho porque yo ya no sé qué hacer”. Terrible drama de una sociedad en la cual la familia ha claudicado a su tarea formativa.

Pero el asunto no solo es por ese abandono, sino porque la escuela, quizá por su naturaleza de instructora, convierte la vida en tema, en lección y la estiliza hasta dejarla vacía de sentido. Entonces, apremiados por cumplir con unos boletines, con un proceso de promoción, con unos exámenes de Estado, con un cronograma, vaciamos la vida y además instruimos unos sujetos carentes de sentido y vitalidad. Con un cúmulo de saberes por transmitir, en una absurda segmentación curricular que le apunta a una demanda excesivamente profesionalizante, productivista, hiperespecializada, la escuela atiborra de datos cada vez más voluminosos y es ahí donde ha de ponerse la mirada, esa es la llaga. Hemos perdido al sujeto moral que se ha escapado del aula, para el patio, el parque, el centro comercial, las salas de juego, las pandillas y los nuevos templos donde se fragua el lenguaje de lo que es bueno y malo, lo santo y lo

profano. Y digo que hemos perdido al sujeto moral por cuanto este se compone no solo de los razonamientos y teorías, sino también de los impulsos, las emociones, los sentimientos. Rescatar el sujeto moral es visibilizar a ese sujeto que labora, que copula a pesar de que sus padres le siguen pensando como un virginal ser que va a la escuela a aprender, que se hace romper la cara por honor, que plagia las tareas para alcanzar los propósitos de la escuela, que flirtea como una lombriz pegada a un anzuelo anhelando una multicolor sardina; en fin, que se deprime y que en más de una ocasión se quiere cortar las venas o encapsularse en sus audífonos y olvidarse de todo". Y que mientras estudia aplanando sus nalgas en una dura butaca todo el tiempo discierne, delibera cómo ser feliz.

Como escuela (institución del sistema cultural educativo) dentro de esta sociedad, ¿estamos logrando el resultado que nos compete de formar agentes de paz? A ojos vista, mirando la acción como expresión de algo más allá de eso que acostumbramos a denominar actitud, pensamiento moral o criterio moral, podríamos sospechar que no hay eficiencia ni coherencia, que los actos se enraízan en otras realidades o por lo menos no en las esperadas o supuestas por la teoría moral o por la teoría de la dinámica social. Si al parecer estamos logrando la formación de agentes de paz, ciudadanos de nueva civilización, entonces por qué:

- Las estadísticas muestran que la comisión de delitos contra la vida, contra la libertad y contra los bienes se hace con mayor frecuencia por menores de edad.
- Cada vez más las niñas se inician en una maternidad no proyectada ni planeada a más corta edad.
- El consumo de droga es más frecuente entre adolescentes y jóvenes de todas las clases sociales.
- El incremento de pandillas que siembran terror en las comunas y en los barrios no se detiene.
- No logramos que el enfrentamiento de fanáticos no deje víctimas mortales.
- La deserción escolar es cada vez mayor, más que nada en clases sociales bajas.

- La falta de compromiso y la cultura del descuido en los hechos más básicos del autocuidado es creciente entre adolescentes y jóvenes.
- La corrupción es la forma cultural asociada al ejercicio de la política, sin que logremos desterrarlos definitivamente.

Planteada tan sospechosamente la realización del ideal del sujeto de la paz, todos miran la escuela, la señalan, la acusan y le reclaman “un producto”, “un ciudadano” capaz de funcionar en la legalidad. Ese es el sujeto moral soñado, pensado, del que no se le vincule como hijo.

Nadie puede negar que constitutivamente en la cultura colombiana se ha involucrado una faceta de formación moral, que en el disperso e informe proyecto educativo nacional se ha actuado en favor de una postura moral y ética, entonces, ¿por qué el fracaso?, ¿por qué no se logran consolidar los productos y subproductos de esa gestión: ciudadanos respetuosos, cultura de paz, baja inversión en la guerra, convivencia pacífica, sociedad civil fuerte, amor patrio e identidad nacional, espiritualidad de vida y no de muerte y miedo, equidad en la distribución de recursos y riquezas, escasa brecha entre ricos y pobres?

Lo anterior será la evidente falta de articulación de factores determinantes de la moralidad: lo filosófico, lo epistemológico, lo legal y pedagógico-didáctico? Es decir, ¿será que el qué enseñar, a quién enseñar, para qué enseñar, cómo enseñar no están bien respondidos y articulados? ¿No son teleológicos ni efectivos? En efecto, es el desorden y el caos en el que estamos. Cristina Villegas de Posada la señala no como la principal causa de la ineficiencia e ineficacia de la formación de ciudadanos, sino como una muy determinante:

- Hemos disuelto una frontera entre lo moral y lo ético, y no hemos generado aún un nuevo paradigma; satanizamos la religiosidad, pero no construimos una ética civil.
- Discurseamos, sermoneamos los valores, pero no enseñamos a valorar.
- Improvisamos marcos legales que como pócimas atienden los síntomas de la enfermedad, pero no llegan a la causa de ella, no tenemos una política formativa y escasamente una educativa.

- Pretendemos enseñar para formar, pero alejamos la cotidianidad moral del sujeto con normas y con una casuística disciplinaria que no capta la desbordante vida moral de un sujeto tentado por cientos de estímulos axiológicos en una sociedad hedonista, consumista, productivista, inmediatesta, *laissez faire*, que se conforma como el más frío de los monstruos fríos en la corrupción.

Constituirlo como ciudadano

Aristóteles lo intuyó y lo afirmó: “el ser humano es social por naturaleza y por tanto es un *zoon politikon*”. Es decir, no es opcional, es constitutivo y por tanto obligante el hecho de salir de sí para realizarse en el encuentro, en el reflejo, en el interacto con los otros. Desafortunadamente hemos cogido el camino contrario: exacerbamos el individualismo, la autonomía, la libertad individual, ponemos en las primeras lecciones de la cartilla “el libre desarrollo de la personalidad”; “la primacía de los derechos de los niños a los de los adultos” y bajamos la voz cuando tenemos que hablar de los “deberes correlativos a los derechos”. En últimas, es claro y evidente que se ha de alzar la voz de áter frente a ego, de *koinión* frente a *idión*; en últimas, son los tiempos de señalar la ética de la alteridad, de la compasión, de la misericordia y de la responsabilidad por el otro. Solo así se constituye la ciudadanía.

Recientemente, toda una corriente de pensadores como Adela Cortina, Victoria Camps y Enrique Chaux ha remarcado el tema ético como ciudadanía. Ellos coinciden en señalar que no hay ciudadanía, sino extroversión, salida hacia, interés por lo público. Y Cortina (1997) ahonda ese concepto del *zoón politikón* en relación con la pregunta clásica y central, la del sentido vital: ¿cuál ha de ser una vida digna de ser vivida? Y recurre a Aristóteles, que señala:

[...] la del ciudadano que participa activamente en la legislación y administración de una buena polis, deliberando junto con sus conciudadanos sobre qué es en ella lo justo y lo injusto, siendo todos ellos capaces de la palabra y, en consecuencia, de socialidad. La socialidad es capacidad de convivencia, pero también de participación en la construcción de una sociedad justa, en la que los ciudadanos pueden desarrollar sus cualidades y adquirir sus virtudes. (p. 46)

¿Cuáles son esos saberes básicos y necesarios para hacer de los niños y jóvenes sujetos competentes en ciudadanía, en civilidad? Pareciera ser que esto es asunto de la ética o la moral, y por eso legalmente se les abre un espacio en la dinámica curricular de la escuela. Pero, ¿cómo articularlos en la puesta en escena del aula de clase? Aunque el discurso filosófico, hasta la saciedad, ha planteado que la moral y la ética son diferentes y son ambas necesarias, persiste en nuestra mentalidad una desconfianza a la primera. La moral me explica el posicionamiento del sujeto frente al sentido de la vida, la manera como guerrea y enfrenta su existencia; aquello que lo conecta a modo de un cordón umbilical con la tradición. La ética es un cúmulo de discursos paradigmáticos acerca de los estilos de vida que sirven para dar sentido a la vida. Es la reflexión de los modelos morales diversos. Los valores son los articuladores de estos dos saberes, en cuanto son las opciones y las monedas con las que pago en la vida; de ahí que en la escuela se presume que religión, ética, cívica y moral son las que manejan y enseñan estos elementos. Es ardua la labor de meter la moral que constitutivamente es cultural y familiar en un espacio como la escuela, que cada vez más se hace instructiva. Es dura la labor de vincular a unos niños y jóvenes con lo ancestral en su competencia valorativa cuando sus ancestros no están interesados en hacerse reconocer y respetar, y menos posible aún hacerlo en una escuela que cada vez más es epistémica y cognitiva, y alejada de lo autopoietico y vital.

Si la moral (hablamos de *mores* = costumbres) es el insumo básico para que el ciudadano se haga un ser civilizado, ¿cómo operarlo en la escuela?, ¿cómo aterriza esta —la tradición— allí? Sucede que hay una vida subterránea en la escuela que algunos pretenden llamar el *currículo oculto*, esos espacios no discursados por lo académico, en las historias de vida de los sujetos que concurren a la escuela; en lo no curricularizado. La fuente de la moral es la *traditio* decantada, la norma *con-sagrada* que habita en el seno de instancias formativas como la familia y que afloran o emergen en los actos cotidianos a modo de creencias.

El discurso ético mediador

Si los discursos y debates axiológicos (ética), producto de la valoración, son el insumo fundamental para la conformación y el avance de la barbarie a las civilizaciones, ¿cómo operan y cómo hacerlos incidir en la cotidianidad de la escuela? La ética es consenso, es discurso, es sistema que se construye en el debate, en el ágora, en la maloca, en la plaza pública como elemento mediador de dos dinámicas: la de la autonomización de la persona, (de ahí todo el planteamiento de Kant sobre la autonomía moral y por él el discurso de Jean Piaget) que al convertirse en principios éticos o profundas convicciones determinan el proyecto y sentido vital del sujeto; por otro lado, la de mediador del lenguaje de la participación en el tema de definir lo bueno y lo malo, es la fundamentación para que la comunidad considere algo como bueno y como malo, y desde donde se desprende la doble vertiente de la que habla Adela Cortina respecto a la ciudadanía como política y como jurídico. Con la aparición de lo que Morin (2001) describe como el *desafío cívico* o la posibilidad de hacerse propietario de los asuntos comunes, pues por desgracia hoy no la hay, hoy está la televisión que quita la posibilidad y la escuela no la propicia; se vuelven asuntos de expertos que sistemáticamente inducen el pensamiento desde programas de “opinión” en la televisión, franjas noticiosas, programas de “análisis” de toda actividad: deportiva, política, religiosa, lo que crea una escuela paralela sin interlocución.

En la capacidad de discernir y de autonomizarse de cada sujeto se forman los principios éticos a partir de las normas y de los valores; por tanto, no puede haber criterio ético si no hay argumentación y confrontación del pensamiento.

La ética puede ser entendida como los sistemas éticos: eudeinismo, epicureísmo, vitalismo, hedonismo, utilitarismo, que a modo de paradigmas han sucedido uno a otro en la dinámica de buscar respuesta a la pregunta esencial: ¿cuál ha de ser la vida que merece ser vivida? La escuela en sus espacios curriculares de ética y de filosofía debe poner en contacto al estudiante con los diversos discursos para que *interlocute* con los pensadores y para que, decantando, él mismo forme su discurso y lo apropie, y lo aterrice en el *trayectar* de la vida.

¿Qué saberes, qué haceres y qué maneras han de ponerse en un ambiente de clase ético? Los saberes que rondan en la ética son los del sentido de la vida, la construcción de la vida como un proyecto; el discernimiento y la crítica en el *trayectar* de la vida, de *autopoiesis* que se regula por los valores. Los haceres: provocar, reflejar la vida por medio de los relatos y facilitar que el sujeto se cuestione y cuestione lo que ve, lo que le ofrecen y deje de “tragarse entero”. Maneras: las didácticas que impliquen discusión, concertación (el juego de roles, el debate, etc.).

Si los valores son las *axias*, las herramientas de construcción de la civilización, ¿cuáles y cómo enseñarlos como aprenderlos en ambientes escolares? Los valores son como las monedas con las que articulamos el deber ser desde nuestro real ser. La situación del mundo de la vida nos demanda y si nos equivocamos la vida misma nos demandará. Los valores no se apartan de las normas ni de los principios, son sus constituyentes; los valores se concretan en actitudes y por eso son el agua viva del actuar.

¿Cómo aprendemos a valorar? La respuesta inicial fue la de Piaget: jugando, el juego en la medida en que facilita la creación de reglas, pero que al mismo tiempo concierne. Los retos en el análisis ético se imponen una economía: ¿con cuál aseguro más? Por los discursos de los pares, por la oratoria y sermoneo de los padres no de los padres. Introyectando el esquema de mediación vital, hay un proyecto que me exige la mediación

Así ¿en qué ámbitos o acciones tiene aplicación el saber valorativo o ético? ¿Para qué sirve el saber ético?, para vivir feliz, convivir armoniosamente, decidir de manera eficaz, proyectarse comprometidamente.

Bibliografía

- Cortina, A. (1997). *Ciudadanos del mundo*. Madrid: Alianza.
Morin, E. (2001). *La cabeza bien puesta*. Nueva Visión.
Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama.
Dewey, J. (2008). *Teoría de la valoración*. Madrid: Biblioteca Nueva.